



**Sin título o crónica hiperverdadera y también
muy digamos hasta demasiado sincera sobre
un trabajo de campo requete precarizado y con
todas las letras y también hasta algunas manchas
de aceite quemado sobre el delantal**

Camila Pilatti *

Josefina Pasto ‡

I. Introducción: de quién es Pilar Caminotti, investigadora y doctoranda, premio nacional del turrón de quaker, infiltrada entre feriantes, casi ya una feriante más (sí, claro, en tus sueños Pilar Caminotti), amante de plantas y jugadora de fútbol, y sobre cómo conoció a Nacho de Flor, que hasta ese momento no tenía idea de quién era, o sí, pero eso lo veremos después

Mi nombre es Pilar Caminotti, soy del barrio de Alberdi de la ciudad de Córdoba. Tengo 31 años y soy becaria de CONICET, para hacer el Doctorado en Ciencias Antropológicas, que lo estoy haciendo. Actualmente estoy en el tercer año del doctorado y me quedan dos años más, aunque nunca se sabe, es una cosa muy difusa (la vida en general y la conclusión del doctorado en particular). Mi investigación es sobre el trabajo ferial de las mujeres, un estudio etnográfico sobre el trabajo ferial de las mujeres, en específico de la feria de la Isla de los Patos. Otras cosas sobre mi vida: tengo muchas plantas, estoy en pareja, juego al fútbol, hago cerámica y uso lentes porque veo poco. Mi comida favorita son los sánquches en general (y los de miga en específico) y mi postre favorito es el turrón de quaker, aunque también me encantan los picarones.

Turrón de quaker como en mi casa, el que hago yo, porque el turrón de quaker que hago yo me parece el mejor de todos, es la receta de mi

* Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad Nacional de Córdoba - camila.pilatti@mi.unc.edu.ar

‡ Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad Nacional de Córdoba - laultimaenirse@gmail.com



abuela (que ya no existe y que en paz descanse, amén). Picarones como los domingos, en la Isla de los Patos, en el puesto de Rosa (que en paz descanse, también, pero no por muerte, sino porque se la pasa laburando, todo el día, sin descanso, amén). Empecé a ir a la feria en el 2018 o en el 2017, porque un profesor de la facultad me habló de la feria. Mi experiencia previa con ferias había sido con la feria de Villa Libertador y la feria de barrio Güemes (que, bueno, es otra cosa). La primera vez que fui a la Isla de los Patos me sentí ajena en mi propio barrio, lo cual no puedo decir que me gustó, pero puedo decir que me interpeló (sí, soy investigadora). A partir de ahí empecé a ir casi todos los domingos a la Isla de los Patos. En el primer tiempo no hablaba con nadie. Iba, compraba mi comida y apenas lograba conversar conmigo misma. Al tiempo (pero al poco tiempo) me hice amiga de una feriante (que ahora no puedo nombrar), después vino la pandemia de COVID-19 y durante ese tiempo le seguí comprando comida a esta feriante (a la que ahora no puedo ya saben fin, no me comprometan). Cuando reabre la feria, conocí a Alicia. A Alicia la conocí a través de un proyecto de relevamiento de la economía popular (no se olviden que soy investigadora, no solo como turrón de quaker y picarones). Entonces conocí a Alicia, que en ese momento era la presidenta de la junta directiva de la isla (y lo sigue siendo).

Alicia me invitó a ir a su comedor, que es su casa, en el patio de su casa, en Alto Alberdi. Fue el primer comedor popular en el que participé en mi vida, y antes de ir al comedor yo me imaginaba que un comedor era un galpón gigante lleno de ollas y familias comiendo, pero no: este comedor, como otros, es un patio de la casa de alguien que pone su patio para cocinar y ayudar a la gente que no tiene qué comer (a la pobreza, pobreza endémica de nuestro país al que el gobierno no le encuentra solución, en los barrios se la combate con puñados de arroz, patio, cocinas y amigas cocinando, vení a hablar conmigo Portobello,¹ que te enseñó un par de cositas, gila redomada, en fin).

En fin: en el comedor de Alicia comencé a cocinar, y allí conocí a otras feriantes, con las que empecé a pasar las tardes, cocinando, comiendo y

1 Intuimos que se refiere a Sandra Pettovelo, actual Ministra de Capital Humano del gobierno de Javier Milei, entre cuyas primeras acciones estuvieron la desfinanciación de los comedores populares y la retención de alimentos (que finalmente vencieron, retenidos en galpones, mientras fuera de las oficinas de Capital Humano el humano sin capital se agolpaba pidiendo por comida en lo que se denominó como la *fila del hambre*).

charlando. A partir de acá comencé a convivir más con las feriantes. Y aunque nunca perdí mi sentimiento de ajenidad, me sentí un poco parte cuando las otras feriantes pensaban que cocinaba con ellas porque quería abrimme un puesto en la feria (lo cual, por supuesto, no sucedió, porque no se olviden, soy investigadora, con lo cual no soy tan rápida con el cuchillo como con los verbos y los adjetivos, eso sí, el turrón de quaker me sale perfecto, punto).

Entonces, a partir de acá comencé a ir a la feria ya no solo a comprar, sino a pasar la tarde con las cocineras, y sus familias, sus hijas, sus sobrinas, etc. Me quedaba por ahí, del otro lado de los puestos, del lado de las feriantes, charlando con las feriantes, hasta que se hacía la noche y entonces me iba a mi casa con la panza llena y mucho olor a anticucho. Desde que empecé a ir a la feria hasta que pasé al otro lado de los puestos fueron más o menos cuatro años.

En una de esas noches, estaba en el puesto de Alicia y de pronto llegó un chico a comprar tortas. Y Alicia me dijo: “¿Él es Nacho de Flor!”, y yo le dije: “No sé quién es Nacho”, “El de La Parisina”, a lo que yo le respondí que no sabía qué era La Parisina. Entonces, Nacho de Flor y Alicia presidenta se pusieron a hablar de un proyecto en el que estaban trabajando, y yo me quedé medio al margen, hasta que Alicia se dio vuelta y me dijo que tenía que sumarme, a lo que yo le respondí “sumarme a qué”, a lo que ella me respondió “al proyecto que estamos haciendo”, y yo, sin saber qué era, me sumé. Total: no se olviden, soy investigadora.

2. Sobre el proyecto entre Alicia y Nacho de Flor de La Parisina al que Pilar Caminotti, investigadora y doctoranda, premio nacional de turrón de quaker, se sumó sin tener idea de a qué se sumaba, dos puntos

Entonces, un día fui a La Parisina. Fue una siesta de, supongo, abril, aunque no me acuerdo, pero puede ser. La Parisina, no sé si conocen, es un castillo que está ubicado a media cuadra del Hospital de Clínicas, en una ruta que yo transitaba diariamente, desde mis diez años cruzaba desde la escuela hasta la Ruta 20 (esa ruta ruidosa, y llena de cosas, por favor). Pero entre medio de ese camino siempre pasaba al frente de La Parisina, que en ese momento no era La Parisina, en ese momento, cuando yo cruzaba, cuando yo tenía diez años, era un castillo abandonado, muy lindo pero abandonado, y quedado en el tiempo, que me daba mucha pena porque

estaba abandonado, pero que me llamaba mucho la atención porque estaba como quedado en el tiempo, como un sobreviviente. Un edificio solo rodeado de un montón de otros edificios, casas, negocios, pensiones, pero solo, un edificio solo, único en su tipo, y ahí, medio perdido entre el montón: como yo, en la isla (y en la academia, y bueno, en la vida también).

Entonces, una siesta de abril llegué a la parisina, que era esta casa de mi infancia y ahora era un centro cultural, que yo ni sabía que existía, aunque vivo a media cuadra. Me abrió la puerta alguien, que no me acuerdo. Y entré a este castillo, y estaba una de las chicas de la feria, y nos sentamos en el pasillo, ella en una punta y yo en la otra, sin hablar, a esperar que llegara Alicia. A las horas llegaron Alicia, una chica de pestañas largas y el Nacho de Flor.

3. En qué consistía el proyecto de Nacho de Flor, breve resumen del primer día de Pilar Caminotti en el proyecto de Nacho de Flor, dos puntos

Se llamaba “Proyecto migrante”, lo cual me pareció un nombre bastante original. Había como un montón de gente y cosas mezcladas: se iba a escribir una nota para revista Anfibia, pero además estaba metida La Tinta (una cooperativa audiovisual o algo así), y también extensión de la Universidad Nacional de Córdoba, y las chicas de la feria, y ahora yo. Más que un proyecto, parecía una sopa. Lo que en concreto se sabía del proyecto es que se iban a escribir unas crónicas. Yo no tenía idea de qué era una crónica. Pero me senté en la mesa. En la mesa éramos cuatro: el Nacho de Flor, dos chicas de la feria y yo. Abrimos unos cuadernos. Entonces, Nacho de Flor contó algo de un lago, de cómo se había cortado una pierna en un lago; otra de las chicas contó de un accidente en auto (el novio se quedó dormido y estampó el auto contra un árbol, con ella dentro); y la otra chica contó un accidente en moto (ella estaba embarazada y su novio manejaba, su novio chocó contra un taxi, ella quedó sentada en el suelo, en mitad de la calle, su novio ya no es más su novio). Y fin. Ese fue mi primer día en el proyecto de Nacho de Flor.

4. De cómo Nacho de Flor llegó a la Isla de los Patos y por qué Nacho de Flor está obsesionado con la Isla de los Patos y qué encontró Nacho de Flor en la Isla de los Patos: breve historia con abuelitas, tumores, cucharas y servilletas de papel

Fui por mi abuela peruana, dice Nacho de Flor. Mi abuela era peruana, dice Nacho de Flor. Pero no recuerda que le haya cocinado comida peruana, Nacho de Flor, no recuerda. Panchos con Coca-Cola, eventualmente anticuchos. Los anticuchos eran una fiesta, dice Nacho de Flor, y los cocinaban sus tíos, bajo la supervisión de su abuela. Pero un día mi abuela enfermó, dice Nacho de Flor. Y entonces, dice Nacho de Flor, yo me di cuenta que se iba a morir, mi abuela, y que yo no sabía nada de su vida y que con ella, con mi abuela, se iban a morir todas sus historias y todas sus recetas, todas las recetas de todas las comidas que nunca me cocinó pero que ella sabía cocinar y que mi papá (el papá de Nacho de Flor) tanto recordaba y que se podían oler (las recetas, las comidas) en las paredes de la cocina de su casa, como un aroma preservado por los años, recuerdos de años de sartenes sobre el fuego y cuatro hijos y un marido obrero de la Renault, dice Nacho de Flor, que a veces se va por las nubes y se pone extrasensible. Entonces, dice Nacho de Flor, fui hasta el hospital donde estaba internada mi abuela. Por entonces mi abuela ya estaba muy delgada (había sido muy, muy pero muy gorda) y dormía sola, en una habitación muy blanca, ocasionalmente acompañada por su hija Marcela, mi tía Marcela, dice Nacho de Flor, la menor de sus hijas. Entonces esa fue la última vez que vi a mi abuela, dice Nacho de Flor, sin lágrimas en los ojos. Y conversamos mucho rato, dice, como nunca conversamos, y me contó (Nacho de Flor a mí, y la abuela de Nacho de Flor a él) todas sus historias, y me las contó porque quizás sabía que se iba a morir, quizás, quizás porque nunca antes él le había preguntado por sus historias (operación sencilla que sin embargo él, con toda su hipersensibilidad exhibida, no había tenido la sensibilidad de operar). Entonces recordé, dice Nacho de Flor, que en realidad yo nunca le había pedido a mi abuela que me cocinara, sino simplemente lo había esperado, quizás, recuerda Nacho de Flor, ella hubiera cocinado de puro gusto comida peruana para mí, quizás, recuerda Nacho de Flor, me cocinaba panchitos al microondas y me daba de beber Coca-Cola porque los panchitos y la Coca-Cola estaba prohibidos en mi casa, entonces esa era su forma de mimarme, dice, recuerda, reflexiona

Nacho de Flor. Entonces ahí, dice Nacho de Flor, tomé unas servilletas que había sobre su mesa de luz allí en su habitación de enferma con cáncer terminal, y le dije “Abuela, ¿me das tus recetas?”, y claro, entonces ahí, recuerda Nacho de Flor, su abuela, mi abuela, dice Nacho de Flor, mi abuela me regaló todas sus recetas, ella me dictaba y yo anotaba, ella me dictaba, y yo arrancaba una hoja del rollo de servilletas y anotaba las recetas, todas sus recetas. Y así estuvimos como una hora o más. Y en cosa de una hora o más, mi abuela y yo nos conectamos como nunca, dice Nacho de ya saben quién, punto y seguido. Entonces, dice ya saben quién, me metí todas las servilletas en el bolsillo y entonces una enfermera apareció en la puerta y nos dijo que el horario de visita se había terminado y entonces me puse de pie, dice Nacho de Flor, y le di un abrazo a mi abuela y dejé a mi abuela en el hospital y me fui del hospital con una porción (valga señalar la metáfora gastronómica) de la historia de mi abuela en el bolsillo, la historia, no sé si más importante, la historia al menos más sabrosa, ahí, en mi bolsillo, y entonces me tomé un taxi, y me fui para mi casa, con el corazón y el bolsillo lleno de sabores de mi abuela, y entonces llegué a mi casa, y me bajé del taxi, y subí a mi departamento, todo entusiasmado, y abrí y cerré la puerta del departamento, y fui hasta la mesa de la cocina, y metí las manos en los bolsillos y descubrí, entonces, que en los bolsillos tenía el aliento de mi abuela quizás, pero ninguna de sus recetas porque ninguna servilleta, en alguna parte del camino todas las recetas de mi abuela se me habían caído del bolsillo, quizás en el taxi, quizás las recetas de mi abuela viajan ahora (viajaban entonces) por la ciudad en el asiento trasero de un taxi. Y entonces mi abuela murió y al poco tiempo yo me enteré de la feria de la Isla de los Patos, y un domingo de mucho sol fui a la Isla de los Patos, temprano, a las doce, o a la una, por ahí, y no había nadie, yo y mi resaca y una mesa sola que en realidad era una puerta apoyada sobre unos banquitos de plástico y encima un mantel rojo, y banquitos de plástico alrededor, y detrás de ese tablón, sentada detrás de ese tablón, mi abuela, dice Nacho de Flor, o una mujer igual a mi abuela, entonces me senté frente a mi abuela, a esa mujer igual a mi abuela, que ahora sé que se llama Doña Paula, y le pedí de comer, y ella metió un cucharón dentro de un balde de pintura y del balde de pintura sacó una sopa, que ahora sé que se llama caldo de mote, y la sirvió sobre un plato hondo de plástico, y me dio el plato y me dio una cuchara y me dio unas servilletas y me dio un tarrito lleno de cebolla de verdeo y me dijo “come, come”, y entonces, después de todo, me senté a

comer frente a mi abuela, las recetas, las comidas de mi abuela. Así llegué a la Isla de los Patos, recuerda Nacho de Flor. Y así me quedé en la Isla de los Patos. Buscando, saboreando las recetas de mi abuela, cocinadas y servidas por los brazos de otras abuelas iguales a ella: sonrientes y con ojos profundos, dulces y burbujeantes como vasos de Coca-Cola.

5. Sobre cómo en los días posteriores, a pesar de que el proyecto le había parecido un poco cualquier cosa, Pilar Caminotti siguió pensando en el proyecto, medio tentada de seguir yendo a La Parisina, a seguir escribiendo crónicas con la chica que se cayó de la moto y la chica de pestañas muy largas. Y Nacho de Flor, por supuesto. Breve introducción a los días de Pilar Caminotti y su trabajo

Me fui con curiosidad, la verdad, porque soy investigadora y no entendía qué pasaba. Tenía mis hipótesis: quizás era un taller de escritura que escapaba por completo a la feria, porque de la feria ni hablamos ese día. Pero me dije, de última bueno, me hago un taller de escritura que nunca hice y que mal no me va a venir, digamos, porque soy investigadora y entonces escribo mucho, digamos, punto y seguido y a continuación, digamos. De La Parisina me fui a mi casa, mientras caminaba, y como era mi costumbre, mi costumbre de investigadora, saqué el teléfono y comencé a conversar conmigo misma, a grabar mi conversación conmigo misma, en la que hablaba de las sensaciones sobre este encuentro *random* del que acababa de participar, medio taller de escritura venido a menos (dos participantes no es sinónimo de éxito sino más bien de fracaso rotundo, las cosas como son), mis sensaciones, entonces, de este encuentro *random* del que acababa de participar, medio taller de escritura venido a menos, medio espacio de encuentro multisecotiral en castillo recuperado (sic).

Ya en mi casa desgrabé mi conversación conmigo misma y, como siempre, sentí entre medio disfrute, porque me gusta escribir, y medio hartazgo, porque la verdad que soy larguera cuando hablo conmigo misma, cuando converso conmigo misma siendo yo misma la grabadora del teléfono y al mismo tiempo la voz que está siendo grabada, en esos momentos, por oposición a otros momentos de mi vida, cuando hago “registro etnográfico” o “diario de campo” o “conversación conmigo misma”, hablo hasta por los codos, para Pilar de ahora, pero incluso para Pilar de acá a unos años, con la yo del futuro. Entonces. En fin. Llegué a mi casa y

desgrabé mi propia conversación conmigo misma, lo cual me llevó horas, y exhausta como caballo de carrera me acosté a dormir de cara contra la almohada hasta el día siguiente. Ni me acuerdo qué soñé esa noche ni entiendo por qué me debería acordar de qué soñé esa noche, pero bueno, me lo están preguntando.

Y siguió la vida. Al otro día a las seis de la mañana me levanté para dar clases en el colegio secundario en el que entonces daba clases, le hablé a adolescentes de doce años de husos horarios, líneas de tiempos, mapas (y de los mapas como herramienta de poder), de cómo leer un mapa, de cómo desarmar un mapa y rearmar un mapa, desmonté, digamos, el mapa, el concepto de mapa, el dispositivo mapa, frente a adolescentes de doce años. Tomé algún examen, consolé a algún adolescente, felicité a alguna otra adolescente, preparé clases, transcribí lo que había observado en la feria (otra vez una eterna conversación conmigo misma), cociné para mí y para mi pareja, recorrí la ciudad en bici (por trabajo, no por diversión) y me quemé las pestañas frente a libros analógicos y digitales, porque bueno, investigadora.

Como buena investigadora (porque soy buena, debo reconocerlo, aunque por ahí digan lo contrario, pero de puro celos, vayan armando fila que los tumbo de a uno, giles, soy buenísima), como buena investigadora que soy, decía, debo reconocer que, dos puntos, en ese tiempo (cada tanto, no siempre, pero cada tanto) me surgían ganas de otro encuentro en el castillo: porque no entendía de qué iba, el encuentro, el castillo, Nacho de Flor y las dos chicas de la isla escribiendo sobre accidentes con sus novios. Y lo peor de todo, lo que no me dejaba dormir (es una metáfora, obvio, porque entonces, como ahora, dormía como una *queen*), lo que no me dejaba dormir, decía (como metáfora), es que tenía la sensación de que era yo sola la que no entendía lo que estaba pasando, porque las chicas, Alicia y Nacho de Flor parecían entender. ¡Parecían entender! Y yo, solo yo, investigadora, investigadora doctoranda y todo, no descifraba el suceso, y eso, digamos (es una forma de decir), me daba por el forro interior de mi campera, el no entender, siendo investigadora, doctoranda y todo, lo que estaba pasando.

Tenía preguntas: ¿qué y por qué están haciendo esto?, y también: ¿qué es La Parisina? Ese castillo que estuvo tanto tiempo abandonado, ¿por qué ahora funciona así, qué pasó, qué se movió? ¿Quién es este Nacho de Flor, qué hace, a qué se dedica, por qué está haciendo esto con las chicas de la

feria, qué busca, qué pretende? Y sobre todo ¿quién es Flor? ¿Quién es quién en este juego? ¿Es esto un juego? ¿Qué hago yo acá? Preguntas todas, de momento, sin resolver. Ampliaremos, dos puntos.

6. Entonces llegó el segundo encuentro

Entonces llegó el segundo encuentro. Llegué al castillo, que se llama La Parisina, creo que me abrió Nacho de Flor pero no me acuerdo, lo que sí me acuerdo es que entramos por el portón, puede también que lo esté inventando, a todo esto, pero creo que entramos por el portón y me satisface recordarlo así, así que queda así: por el portón, yo, entrando. El segundo encuentro, como el primero, fue en la cocina. En la cocina estaban las dos mismas chicas de antes: la que se había caído de la moto embarazada y la chica que el novio chocó el auto con ella adentro porque se quedó dormido, el novio, al volante, con la chica de pestañas postizas muy largas, adentro del auto. También estaba Alicia, la referente de la feria. Lo que recuerdo de ese día son dos, o tres cosas, o quizás más, pero empiezo y vamos viendo, dos puntos:

- Que Nacho de Flor desplegó sobre la mesa un montón de hojas A4, todas mezcladas, pero que al ordenarlas formaban un croquis de la isla hecho a mano alzada y con birome trazo grueso color azul, un croquis como de la feria pero de toda la isla también, un croquis que habían, se ve, intuyo yo, desde mi intuición afiladísima de investigadora doctoranda, dibujado antes entre Nacho de Flor y la chica de pestañas largas. Entonces le mostraban el mapa a Alicia, que iba sumando cosas, y entre la chica de pestañas largas y Alicia iban moviendo dibujitos de puestos, nombres de personas, comidas, etc. Cada tanto le mostraban el croquis a la chica que se cayó embarazada de la moto y la chica que se cayó embarazada de la moto decía sí, sí, o a veces no, no, pero nunca no sé, no sé. Parecía distante la chica que se cayó de la moto. En cambio, la chica de pestañas largas parecía que mandaba, junto con Alicia. Y Nacho seguía esas órdenes, súbdito obediente de sus reinas plebeyas, dibujando y redibujando el croquis según las precisas, pero a veces confusas, indicaciones de estas reinas.

- Recuerdo también que la chica que se cayó embarazada de la moto llegó más tarde y que se armó alboroto porque saludó a todos menos a Alicia, entonces Alicia quedó como ofendida, pero en realidad parece que la pica venía de antes, entonces el ambiente se puso un poco picante, pero hasta ahí nomás, todo medio pasivo agresivo y sufi.

No recuerdo nada más, al final recordaba dos cosas (o tres).

7. En qué quedó el croquis de la Isla de los Patos, dos puntos, en un mapa, yo, investigadora, también docente de Ciencias Sociales en colegio secundario, porque Licenciada en Geografía, de pronto frente al diseño de un mapa, dos puntos, el resultado

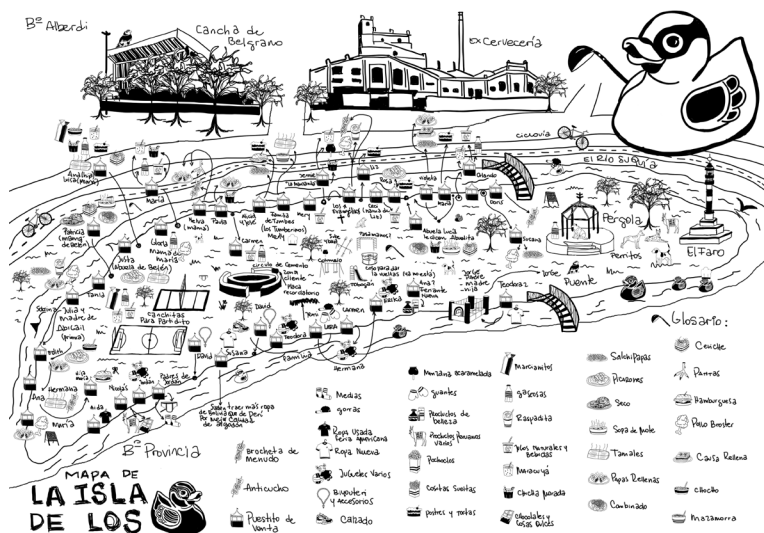


Imagen 1. Mapa isla de los patos

Obra original de la Negra, amiga de Nacho de Flor, dícese la Negra Iovane, nombre de pila, o nombre legal, Luciana Iovane, tucumana, comedora de empanadas de matambre cortado a cuchillo y boxeadora de cabeza, pero no ladrona, siempre generosa con la cerveza, artista visual

y tatuadora y también productora artística de artistas en ascenso, actualmente de gira en Europa, pero con extrañitis de su perro y su mamá y su papá tachero en Tucumán.

8. Memoria del tercer encuentro

Cara a cara y no vino nadie, solo Nacho y yo. La manija de hablar de la feria, algo que yo no hablaba con nadie, ay a mí me gusta esto, ay a mí esto, ¡qué lindo aquello!, y viste como hacen esto, viste que ella viene de allá, y aquella otra de allá, y que bla y que bla y que bla, y que la feria esto, y que la feria aquello. Muchas veces había hablado, yo, investigadora, de la feria con otras personas, les había hablado *yo* de la feria a otras personas, en simposios, a amigas, a colegas, a mi mamá, a mi novio, pero nunca efectivamente *conversado* sobre la feria, era, digamos (pero tampoco le quiero dar tanta entidad), la primera vez que compartía interés por la feria con alguien. Nacho de Flor me contó cosas de su vida: que había empezado filosofía, luego teatro, pero que no quería hacer más teatro, que le gustaba leer, y que en la pandemia había empezado a escribir, entonces que ahora se lo estaba tomando en serio, que a veces se presentaba a uno que otro concurso, que se encerraba y escribía, me decía, que ahora estaba contento porque iba a escribir una nota para la revista Anfibia, en un programa de no sé qué y me invitó a participar, empezaba el otro día el susodicho programa, le dije que sí. Y entonces me fui, porque empezaba el partido, y yo hincha perra de Belgrano, entonces fin de la tercera jornada, punto y aparte. Otras cosas que no me dijo Nacho de Flor: no me contó entonces que trabajaba de perro en un supermercado.

9. Encuentros siguientes: de cómo Nacho de Flor desapareció y de pronto el proyecto se quedó sin nadie a cargo, pero aún así siguió funcionando, porque quizás quien estaba a cargo del proyecto era el proyecto mismo que es otra forma de decir que quizás existía una organización colectiva más allá de Nacho de Flor, y de cómo Pilar Caminotti de pronto se vio envuelta en entrevistas a feriantes de la Isla de los Patos

Al siguiente encuentro, Nacho de Flor se fue de gira a Chile, pues artista, y yo le dije tranqui, yo me encargo, vos anda tranqui a tu gira. El encuentro

siguiente fue así. La chica que se cayó embarazada de la moto llegó con su hijita de un año y con su mamá, a la que íbamos a entrevistar. Nos sentamos todas alrededor de la mesa (esta vez Alicia no vino, era de pronto yo y la chica de pestañas largas y la chica que se cayó embarazada de la moto y su hijita y su mamá, entrevistando a su mamá). Yo no sabía muy bien a dónde iba la cosa ni qué tenía que preguntar ni por qué estábamos haciendo una entrevista a una feriante (¿no era un taller literario?), pero ya estaba ahí, yo, y conversaba, charlaba con la mamá de la chica que se cayó embarazada de la moto, mientras la chica que se cayó embarazada atendía a su hijita y la chica de pestañas largas lideraba la cosa. Cosas que recordaba la mamá de la chica que se cayó embarazada de la moto, mientras la chica que se cayó embarazada de la moto cuidaba a su bebe y la chica de pestañas largas y yo le hacíamos preguntas y la escuchábamos y tomábamos notas, como las que siguen, dos puntos

- Su infancia rural en Perú.
- Que con un cuchillo, cuando era niña, con un cuchillo iba a los campos de al lado de su casa y escarbaba en la tierra yerma posterior a la cosecha, buscando verduras, una zanahoria, una papa, que hubiera quedado enterrada, así de pobres.
- Que se iba a la mañana y volvía a la noche, a veces con una papa, a veces con una zanahoria, a veces con el cuchillo y las manos sucias de tierra y nada más.
- Que su hija (la chica que se cayó embarazada de la moto), la mayor de sus hijas, fue la que se encargó desde muy chiquita de criar a la familia porque ella trabajaba todo el día de casa en casa, limpiando. Que entre casa y casa, al mediodía, apenas tenía tiempo y plata para comer un pan con banana y seguir.
- Que a pesar de todo, los domingos llevaba a sus hijas al McDonald, para darles ese gustito.
- Que de niña era muy pobre, como consta, pero muy feliz, y que ella quería mucho a su *mamita* y que su *mamita* quería mucho a sus hijas (o sea, a sus nietas).
- Que ella tenía una enfermedad crónica, que por esa enfermedad crónica ahora usaba bastón y que esa enfermedad crónica la impedía un poco, y que por eso convocó a su hija (la chica que se cayó embarazada de la moto) para trabajar con ella en la feria, y que iban mitad y mitad con su hija en las ganancias de la feria, y ellas, a su vez, con esa ganan-

cia, les pagaban a las hijas más chicas (las hermanas de la chica que se cayó embarazada de la moto), para que limpiaran la casa.

En otra reunión, la chica de pestañas largas me pidió armar un cuestionario y armamos un cuestionario, entonces, pese a mis reticencias de investigadora deconstruida, pero bueno, cuestionario, porque la chica de pestañas largas quería cuestionario y la chica de pestañas largas manda, mandaba, aunque amable, ella mandaba desde allá, desde la altura infinita de sus largas pestañas y desde acá, desde la mesa de madera de la cocina en la que estábamos reunidas. A esta reunión llegó la comadre de Alicia, la comadre de Alicia fue con sus hijas y Alicia también fue con sus hijas, y mientras fue la entrevista las hijas de ellas (de Alicia y de la comadre de Alicia) jugaban, participaban de un taller de arte para niñas que había en la sala contigua a la cocina.

Y no me recuerdo de qué hablamos, porque la verdad con la comadre de Alicia he compartido mucho en la feria, esa es una razón de por qué no me acuerdo lo que contó la comadre de Alicia, quizás contó cosas que yo ya sabía y quizás por eso no me acuerdo, pero también quizás no me acuerdo porque me quedé medio colgada, como perdida, fascinada digamos aunque fascinada es mucho (sobre todo para una investigadora imparcial como yo, o supuestamente imparcial, para una investigadora y punto, demasiado), atenta, me parece bien esta palabra, atenta, me quedé como atenta a las niñas que jugaban en la habitación contigua. Fin de esta parte de la historia.

Me acuerdo ahora de algo que contó la comadre de Alicia, me acuerdo de esto, dos puntos, acá va, 3, 2, 1: cuando la comadre de Alicia llegó a Córdoba empezó a trabajar en dos casas, y no le gustó, porque no le pagaban (¿y a quién le va a gustar trabajar sin que le paguen?), ella gastaba en cospeles y las patronas le pateaban el pago, le decían “la próxima semana, la próxima semana”, y esa próxima semana no llegaba nunca, mientras tanto ella dormía en una habitación mugrienta y fría debajo de una escalera, como Harry Potter, y pasó mucho tiempo sin un peso, ayudada por amigos, que le daban comida, hasta que alguien la llamó para trabajar en un comercio de artesanías peruanas, en donde también la explotaban, la explotaron, pero en donde aprendió el oficio, ella, el oficio de comerciante, recordaba la comadre de Alicia, que también le enseñó, ella, el oficio, a sus hermanas y su hermano y a su madre y a su papá no, porque su papá

murió en Perú, cuando ella estaba en la universidad, estudiando enfermería, ella, y por eso tuvo que dejar la universidad, ella, y venirse para Argentina, y ser explotada en una casa de familias argentinas clase media, y luego en un comercio de artesanías peruanas, donde aprendió el oficio de comerciante, que luego le enseñó a su familia, que ahora es familia de comerciantes, decía, recordaba la comadre de Alicia, toda la familia, familia de comerciantes, gracias a ella, que la pasó re mal, mal en serio, no como los que se quejan que la pasan mal, sino mal como los que lloran en silencio con la cara contra el brazo porque ni siquiera almohada, así de mal, caretas, punto y seguido, seguimos.

11. Entonces fue la revolución

Entonces, de pronto las cosas cambiaron, muchas veces y demasiado rápido, en muy poco tiempo una serie de acontecimientos inesperados alteraron el curso normal (?) de los acontecimientos. Todo comenzó así. Llegué a La Parisina, como de costumbre, jueves siete de la tarde, dispuesta a encontrarme con cualquier cosa y entonces de pronto en vez de con cualquier cosa me encontré con un chico y una chica en la cocina de La Parisina. El chico y la chica estaban armados de cámaras fotográficas y equipos de sonido. Nacho de Flor, que de pronto había regresado de su gira por Chile (¿en qué momento?, ¿qué estuvo haciendo en Chile?, ¿por qué tanto misterio?), surgió de detrás de una puerta, tal cual Bugs Bunny, como diciendo qué hay de nuevo amigos, y me presentó a la chica y al chico armados con cámaras fotográficas, a los que denominó como “les chiques de La Tinta”. Les chiques de La Tinta, me dijo Nacho de Flor, iban a filmar a Violeta, una de las cocineras de la feria, que esa noche nos venía a cocinar salchipapas, entonces les chiques de La Tinta iban a filmar a Violeta cocinando salchipapas, y luego la chica de pestañas largas y yo y él y todos, dijo Nacho de Flor, íbamos a conversar con Violeta. Y todo iba a ser filmado. Luego con eso les chiques de La Tinta iban a hacer unos videos. Y así fue, eso hicimos, y fue una noche perfecta, y después de comer tomamos unos vinos, entre todos, y Alicia y Violeta se pusieron a tomar vino y a contar un montón de historias y fue una noche de pura risas entre vinos, salchipapas y Alicia diciéndole “¡joye, tú, estúpido!” a Nacho de

Flor todo el tiempo y Nacho riéndose de que Alicia lo insultara como si le dijera “mi angelito” cuando le estaba diciendo “pelotudo”.

Y a partir de ahí nos explotó el teléfono, de forma inesperada todo se fue a la mierda, crisis por la guita, y ahí asamblea, el proyecto reevaluado por completo. El problema fue que Nacho de Flor le pagó a Violeta por lo que había gastado en las salchipapas y su trabajo y eso generó muchos problemas y malentendidos entre las feriantes. Y el proyecto estuvo a punto de caerse. Entonces la revolución fue así: Alicia convocó a una asamblea en la feria, el domingo a las nueve de la noche, en junio, viento y frío y oscuridad y la feria, las feriantes (no todas) en círculo en mitad de la Isla de los Patos, y allí Nacho explicando el proyecto, nuevamente, y de pronto yo también explicando el proyecto (que todavía no terminaba de entender, pero por alguna razón ya defendía como propio) y las feriantes mirándonos desde detrás de sus camperas y con los ojos entrecerrados por el viento. “¿Entienden?”, preguntaba Nacho de Flor. “No sé, no escucho”, contestaban algunas. Pero otras personas estaban realmente muy entusiasmadas con la idea. Luisa, por ejemplo, la de los cevichochos llegó a decir, sonrisa de oreja a oreja: “Sí, sí, vengan a mi casa, vengan a mi casa, yo cocino”. La verdad a mí también me generaba dudas cómo había algunas personas tan estimuladas y a otras personas a las que les daba tan lo mismo. Y me preguntaba: ¿qué imaginarán las personas que están entusiasmadas, con esto que yo, todavía, ni sabía, ni lograba imaginarme qué iba a ser? Pero a partir de ahí las cosas, inesperadamente, cambiaron. Hubo una reunión en La Parisina entre Nacho de Flor, Alicia, yo, la chica de pestañas largas y les chiques de La Tinta. Allí Alicia tomó la palabra y puso los puntos sobre la mesa. Dijo esto va a ser así, y asá, de aquella otra manera. Y porque nosotras queremos esto, y aquello, y aquello otro. Y acá nadie va a cobrar por cocinar, porque esto es un regalo que nosotras les hacemos a ustedes, nuestras comidas, entonces nadie va a cobrar, porque la gente que va a venir acá a compartir sus comidas y sus historias lo van a hacer no por interés sino por buena onda, por ganas de compartir su historia y su comida y difundir la feria y compartir un momento con ustedes y pasarla bien. Y a Nacho de Flor ya le dije que no cobro nada y que no me insistan porque me voy porque este proyecto es mi regalo para la feria, mi regalo para la memoria de la feria y para que la memoria de la feria no se pierda en el tiempo y para dar a conocer a la feria a las personas que por ahí todavía no conocen a la feria. Y lo que vamos a compartir es nuestro

trabajo, y lo que queremos que se filme es nuestro trabajo, el trabajo de todas. Y yo voy a invitar a las personas a que vengan y traigan su comida y compartan su historia para que ustedes las filmen y con eso hagamos unos videos muy lindos y un día un libro, y voy a invitar tanto a las que son mis amigas como a las que no, porque por más que a mí me agredan yo trabajo para todas las feriantes, incluso para aquellas las del fondo que siempre me andan queriendo ensuciar, yo las voy a invitar a todas, porque la feria es de todas y estas cosas son muy lindas y de a poco ya las van a entender. Y esto lo vamos a hacer en este tiempo, de acá a acá, tantos videos por semana, tantos videos en total, y listo, porque esto y aquello y aquello otro. Y si no, me voy, ¿está claro?

Y todos, sí.

Y a partir de ahí nos empezamos a juntar todos los jueves en La Parisina, a la noche, venía una feriante, la feriante cocinaba y después comíamos y mientras comíamos la chica de pestañas largas y yo también un poquito le hacíamos preguntas y ella, la feriante, nos contaba de su vida. Y les chiques de La Tinta filmaban. Y Alicia vino a todos los encuentros. Saboreó cada comida, hizo caras, pero no emitió comentarios.

Y al final hicimos estos videos hermosos, que digo hicimos, pero más bien hicieron les chiques de La Tinta, y entre les chiques más bien las chicas, que son unas capas y todo lo mueven.²

Y colorín colorado este cuento se ha terminado (por ahora, porque no dimos más con el *deadline* de la entrega, ¡por qué mierda la vida organizada en *deadlines*!, Alicia vení a meter orden, Santa Alicia de nuestro desorden, ven a liberarnos de los *deadlines*, abre el camino de vuelta, hacia el fluir de la vida desorganizada, la vida abierta y no estructurada, la vida ligada a la vida y no a las ideas de la vida, a las ataduras colonialistas de la entrega y la demanda, oh Alicia de nuestros sabores, tú que llenas el mundo de chicas de pestañas largas y salchipapas, y te peleas con chicas que se cayeron embarazadas de la moto porque te muerden los talones en las esquinas, y aún así por ellas incluso peleas, sin condescenderlas pero construyendo por ellas, y por ti y por todas, ven aquí y llena el mundo de anticuchos, tortas, sopas y alitas de pollo rostizadas, oh Alicia de nuestros sabores, que no escuchas música por auriculares inalámbricos sino por altoparlantes e incluso cantas, ruega por nosotras pecadoras y libéranos de la Comisión Evaluadora y el Canon Artístico, invítanos nuevamente a la vida de la cer-

2 Para acceder a los videos del proyecto, ver: La Isla de las Patas

*Sin título o crónica hiperverdadera y también muy digamos hasta demasiado sincera
sobre un trabajo de campo requete precarizado y con todas las letras y también
hasta algunas manchas de aceite quemado sobre el delantal*

veza, el patio y las calles de nuestro barrio, el tuyo, que es de todas, y dinos ¡estúpidos! sin descanso hasta que entendamos que somos estúpidos y que la vida es una sonrisa y una olla con comida a la que todas pueden acudir, y el perro corriendo por ahí, y las palabras brotando de la boca sin necesidad de registros escritos, oh Alicia de nuestros sabores y nuestro santo desorden, enséñanos tu oralidad a cachetazos, y luego invítanos a comer, en una noche sin *deadlines*, donde todas juntas cocinemos, bailemos, y donde todas juntas luego limpiemos la cocina y nos vayamos a dormir, solas o acompañadas, ya decidiremos, amén).

*Fin de la grabación de la conversación conmigo misma número un millón trescientos cuarenta y tres o cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco no me acuerdo la verdad ni ya me importa chau picho, dos puntos, ampliaremos, continuará, etc., ya saben, y no digo punto final porque suena mal, remite a algo feo, digo fin a secas y luego un punto a secas y luego un espacio blanco (que parece eterno) y luego el silencio (que retumba y retumba y retumba) y luego:
la ciudad
la vida
el después.*

